

## POEMA DE LAS FORMAS INTERMOLECULARES

*Yuri Herrera*

La botella de jugo empezó a vibrar como un teléfono. Me la acerqué al oído y no escuché nada, luego un riiin riiin pero más como un reen reen grave y pastoso al vibrar la botella. La desenrosqué y me la acerqué al oído y escuché que alguien decía:

“La olla, destapa la olla con la sopa.”

Y se cortó.

Colgué, es decir, enrosqué, y devolví el jugo al refrigerador.

“¿Quién era?” preguntó ella desde la habitación.

“Nadie,” dije.

Me di media vuelta y toqué la olla. Estaba tibia, aunque hacía ya un rato que había apagado el fuego. La destapé. Hubo un titubeo en la sopa, como si el caldo se aconcavara, y luego se enderezó por encima de la olla en una cabeza líquida y un cuello líquido y un par de brazos líquidos y luego una pierna con la que todo el cuerpo líquido se impulsó torpemente en la olla para dar un paso y caer sobre el piso de la cocina.

“Carajo,” dijo. Arrastraba un poco las erres.

Agitó las manos para sacudirse unos fideos y luego me observó.

“Planeta de mierda que les ha tocado ¿eh? No hay modo de...”

Pero entonces el cuerpo líquido cayó sobre sí mismo como si acabaran de derramarlo y se hizo charco en el suelo. Después de un par de segundos volvió a salir el torso y los brazos y luego las manos con las que el cuerpo-sopa se apoyó en el suelo para incorporarse otra vez.

“... ¡A esto me refiero! No hay modo de hacerse de un cuerpo decente con esta materia suya.”

Aprovechando el berrinche, agarré un cuchillo cebollero y lo enfrenté. Me miró con azoro de incompreensión desde sus anaranjados ojos caldosos. Por supuesto. El cuchillo no era nada contra él. Dejé el cuchillo y tomé un cucharón.

“Tranquilo,” alzando las manos defensivamente; menguaba y se enderezaba continuamente, incapaz de mantenerse del mismo tamaño, “tranquilo, no venimos por ti.”

Desconfiado, con la otra mano agarré una taza y di un paso hacia él.

“No tenemos ningún interés en ti o en este lugar. Buscamos a un agente de inteligencia que vino a investigar si es un planeta habitable y no regresó. Sabemos que llegó a este punto exacto de este jodido planeta.”

Me detuve, pero sin dejar de blandir taza y cucharón. Parecía sincero, el alien-sopa.

“Pues aquí no está,” dije. “Si llegó aquí se habrá ido a investigar a otra parte. ¿Qué iba a averiguar aquí?”

“Nada,” dijo, apenas manteniendo la cabeza por encima del charco que se extendía y se achicaba debajo de él, “justo a eso me refiero: no se necesita más de unos instantes para saber que nada tenemos que hacer aquí. ¡Mierda! No hay nada que descubrir. Por eso, o se quedó aquí o insistió en investigar y algo le pasó en este ambiente hostil.”

Señaló hacia fuera con un dedo que rápidamente se deshizo en gotas. Miré hacia la calle. Había hecho un calor tenaz los últimos días. Las banquetas estaban cocidas en su propia sequedad.

“Pues eso, no puedo ayudarlo.”

El aliensopa dejó de luchar por unos segundos, el cuerpo se empezó a disolver suavemente en el charco mientras giraba la cabeza a un lado y a otro.

“A la mierda esto,” dijo finalmente, enderezándose un poco, “yo ya cumplí. No hay pistas que seguir y no hay posibilidades de supervivencia aquí, ése será mi informe... Ayúdame.”

Hizo un gesto con un muñón hacia la olla. Lo miré con desconfianza.

“Acércame la puta olla,” dijo, “ya me voy.”

Puse la olla sobre el suelo. El aliensopa sacó del charco una pierna, la metió en la olla y fue acomodando el resto del cuerpo. Una vez que entró completamente, asomó una cara de agua para decir:

“Tapadera, por favor.”

Tapé la olla. Todavía alcancé a escuchar que decía, “Habiendo tantos lugares bonitos en el universo, carajo.” Luego nada.

Me quedé unos segundos mirando la olla. La destapé. La sopa reposaba absorta en sí misma. Una película de grasa ya se había formado en la superficie. La volví a tapar y la puse sobre el fogón.

“¿Ya se fue?” dijo ella.

“Sí,” dije, caminando hacia la habitación.

La escuché moverse hacia el baño. Entré al cuarto.

“¿Cómo supiste quiénes eran?”

“Tu teléfono está en el buró,” respondió desde el baño, “pero escuché que otro timbraba en la cocina.”

Me quedé de pie junto a la cama. Pasé la mano sobre la colcha. Nadie hubiera dicho que unos segundos antes estaba empapada.

“No van a volver,” siguió ella. “Esos burócratas no saben adaptarse.”

Entré al baño. Me quedé de pie junto a la tina. El agua se rizaba en un bucle de sonrisas plácidas. Luego salpicó en mi dirección.

“Anda,” dijo ella, “ya métete.”

\*\*\*\*\*